

Félix
de Urgel

Confesión
de fe



ESTUDIO CRÍTICO FHL

© Del texto: el traductor.

© De la edición: [Fundación Ignacio Larramendi](#).

Madrid, 2011.



Es una edición electrónica de [DIGIBÍS](#).

Félix de Urgel

CONFESSIO FIDEI

Traducción: David Paniagua Aguilar

CONFESIÓN DE FE

En el nombre de Dios, Félix, otrora indigno obispo, desea a sus hermanos en Cristo, al presbítero Emán, al presbítero Ildesindo, a Exuperio, a Gundefredo, a Sidonio así como a Ermegildo y a los demás presbíteros, y de igual modo al diácono Witildo, a Witirico y a los demás clérigos que viven en la parroquia de la iglesia Urgelitana y a los demás fieles de la iglesia que habitan en el distrito arriba mencionado, eterna salud en nuestro señor Dios padre y en nuestro señor y redentor Jesucristo, verdadero hijo suyo, y en el Espíritu Santo.

Ponemos en vuestro conocimiento que, después de ser llevado a presencia de nuestro señor, el muy piadoso y glorioso rey Carlo, y de tener audiencia con él, al pedirle el permiso, según lo que el venerable obispo Laidrado nos había prometido en Urgel, supimos el modo en que íbamos a exponer en su presencia y ante los obispos que habían acudido por disposición de nuestro glorioso soberano aquellas opiniones nuestras relativas a la adopción de la carne en el hijo de Dios y a la nuncupación en su humanidad que creíamos que teníamos tomadas de los libros de hombres santos, y el modo en que no con violencia sino con la razón de la verdad nuestra afirmación sería estimada válida, si no era refutada por ellos a través de la autoridad de los Santos Padres. Y así sucedió.

Pues las opiniones que expusimos acerca de la mencionada controversia, esto es, acerca de la adopción de la carne y de la nuncupación, de tal forma ellos a partir de la autoridad de los libros de los Santos Padres, a saber, del obispo Cirilo, de San Gregorio Papa de la ciudad de Roma, de San León y de otros Santos Padres que a nosotros antes nos resultaban desconocidos, y por la autoridad del concilio que a este propósito se había reunido recientemente en Roma a petición del muy glorioso y piadoso señor nuestro Carlo, en contra de la epístola que yo le había escrito al venerable Alcuino, abad de la iglesia de Tours, -concilio en el que estuvo presente el Papa León y reunidos con él los demás obispos, cincuenta y siete en total, y junto a ellos muchos presbíteros y diáconos en el templo del Santo Apóstol Pedro-; por la autoridad de todos ellos rechazaron estas opiniones nuestras ya mencionadas no mediante ningún tipo de

violencia, como se ha dicho, sino por medio de la razón de la verdad, como era oportuno.

Convencidos por la autoridad de su verdad y por el consenso de toda la iglesia universal, cedimos convencidos a su discernimiento, mejor que el nuestro que antes seguíamos, y regresamos de todo corazón a la iglesia universal por la gracia de Dios, no con algún tipo de simulación o velo de falsedad como anteriormente, como Dios bien sabe, sino, como ya he dicho, con verdadera convicción de corazón y compromiso de palabra.

Y esto, apesadumbrados por nuestro antiguo error y reivindicación, lo prometimos en presencia de muchos sacerdotes y monjes, después de haber faltado a mis obligaciones por este motivo en otro tiempo; prometiendo que nosotros no creemos ni predicamos en modo alguno la adopción de la carne en el hijo de Dios ni la nuncupación en la humanidad, sino, según lo que nos enseñan los dogmas de los Santos Padres, que nuestro señor Jesucristo en ambas naturalezas, la de la divinidad y la de la humanidad, es el hijo propio y verdadero, unigénito del Padre, único hijo suyo, mas con las propiedades de cada de naturaleza intactas, en la medida en que ni se cree que la divinidad del verbo de Dios se ha convertido en la naturaleza humana ni la humana asumida por la palabra ha cambiado a divina, sino que tanto una como otra, es decir, la divina y la humana, desde la propia concepción en el útero de la Virgen están unidas y cohesionadas en una sola persona de tal forma que salió engendrado del propio útero de la gloriosa Virgen sin mancha alguna como hijo único de su Padre y como Dios verdadero: no se debe creer que fue concebido hombre por la palabra a partir de la sustancia del Padre igual que lo es la propia palabra por los fieles, pues es de la sustancia de la madre, sino que, como ya se ha dicho, fue asumido y concebido en la singularidad de su persona como verdadero y propio hijo de Dios en el útero de la santa Virgen desde la propia concepción de quien según la divinidad es el verdadero y propio hijo de Dios, nacido de la santa Virgen. No debe creerse que uno es el hijo de Dios y otro distinto el hijo del hombre, sino Dios y hombre, único hijo verdadero y propio de Dios Padre, no por adopción, ni por apelación, ni por nuncupación, sino con ambas naturalezas, como ya se ha dicho, único hijo verdadero y propio de Dios, de acuerdo al apóstol.

Esta es la confesión de nuestra fe que con la ayuda de Dios hemos conocido de los Santos Padres a través de sus escritos y que hemos recibido y abrazado de la iglesia universal después de nuestro antiguo error. Os pedimos que también todos vosotros

creáis y prometáis esto por nuestro Señor, sin quitar ni añadir nada a discreción vuestra, sino manteniendo sin vacilación con la iglesia universal esto que os hacemos saber, y que no rehuséis implorar la misericordia del Señor con todo vuestro corazón por mí, desgraciado, por quien se ha suscitado hasta ahora una disputa en la iglesia de Dios, de forma que gracias a vuestra enmienda y a la oración católica de aquellos sacerdotes, que en similar error que el mío, en modo alguno son culpables, sea capaz de conseguir la misericordia del Señor antes de que abandone este cuerpo mortal. Y tengo más confianza en conseguir esto del Señor si la disputa y el error en la fe que por mí han perdurado entre ambas partes hasta ahora, también por mí son corregidos y aplacados completamente y todos los miembros de la iglesia en la unidad de la fe y en la concordia de la caridad quedan acoplados como en un único cuerpo, de tal suerte que en lo sucesivo ninguno de nosotros se atreva a introducir en la iglesia de Dios disputa ni cisma alguno; sino que todos nosotros con la iglesia universal, que es sabido que se extiende por todo el mundo, pensando lo mismo y condenando el litigio que surgió recientemente, a saber, la adopción de la carne y la nuncupación en la humanidad del hijo de Dios, como he dicho, mantengamos la paz y la unidad de la fe con todos los fieles de la iglesia sin ningún engaño y con la fe libre de convulsiones y no erremos en lo sucesivo en lugar alguno, mostrando conformidad con la impiedad de Nestorio que creía que el señor Jesucristo era puro hombre, él que dijo: “Sobre la dispensación de Dios, que por nuestra salvación el Señor Dios llevó a cabo con la encarnación del Señor Jesucristo, conviene saber que, puesto que Dios asumió como palabra a un hombre a partir de la semilla de Abraham y David conforme a la profecía de las divinas escrituras, está constituido por la naturaleza porque era de la semilla de aquellos, un hombre auténtico por naturaleza, compuesto de alma racional y de carne humana, un hombre auténtico constituido en nuestra opinión por la naturaleza, formado en el útero de la Virgen por la virtud del Espíritu Santo, hecho de una mujer y hecho bajo la ley, para que nos redimiera a todos de la ley de la servidumbre, ya predestinado, recibiendo la adopción, viviendo en manera inenarrable, aceptando morir según la ley humana, resucitando de entre los muertos, ascendiendo al cielo y confesando que se sentó a la derecha de Dios, donde asumiendo el rango más alto por encima de todas las Potestades y Dominios y Virtudes y todo lo que tiene nombre, no sólo en estos tiempos sino también en el futuro, recibe adoración de todas las criaturas, como teniendo una inseparable unión con la naturaleza divina, relación con Dios y su inteligencia, con todas las criaturas mostrándole adoración. Y no decimos que hay dos hijos ni dos

Señores, pues uno solo es el hijo del Padre según su sustancia, Dios palabra e hijo unigénito del Padre, como éste unido y partícipe comunica a su hijo su nombre y su honor, Señor según su esencia Dios y palabra, al que este unido comunica su honor. Así pues no decimos que son dos hijos ni dos hombres, pues como está claro que es Señor según la sustancia e hijo, mantiene una unión inseparable con él, que concebido para nuestra salvación se compara en nombre y en honor al hijo y Señor, y no igual que cada uno de nosotros es hecho hijo según él mismo. Por eso según San Pablo muchos somos llamados hijos, pero él solo al tener esto, que participa por unión, adopción y dominio de la palabra de Dios, elimina toda sospecha de dualidad de hijos y señores, pero con la concesión de que tuviera en la unión a la palabra del Señor toda la fe, la inteligencia y la meditación, por las que recibe de todas las criaturas la adoración por la relación con Dios. Así pues decimos que solo uno es el hijo y el señor Cristo, por el que todo fue hecho, entendiendo por principio la palabra de Dios, por sustancia hijo de Dios y Señor, pero recelando del nacido en Nazaret, al que Dios ungió con su hálito y con su virtud como partícipe en la unión de la palabra de Dios y de su autoridad, como un segundo Adán”.

Esta es la opinión del hereje Nestorio que sostenía impíamente que (*sc.* Jesucristo) era puro hombre engendrado en el útero de la Virgen sin intervención de Dios y predicaba con desfachatez que la palabra de Dios, esto es la divinidad del hijo de Dios, había descendido tras su nacimiento en el hombre engendrado y alumbrado por la santa Virgen y había habitado entre los demás hombres santos. Y por ello como había en Cristo dos naturalezas, también insistía en reivindicar en él dos personas de forma reprobable.

Nosotros por nuestra parte condenando su impiedad añadimos a esta epístola algunos testimonios que hemos tomado de los Santos Padres, aceptados por la Iglesia acoge con veneración, por los que hemos regresado a la senda de la verdad tras el antiguo error y que os hemos dirigido escritas más abajo, y por los que también vosotros podéis conocer más plenamente la verdad de la fe acerca de la repetidamente mencionada contienda y regresar al camino recto de la fe. Quien disintiendo de estas opiniones de los Padres quisiera creer o enseñar de otra forma distinta a la que estas nos transmiten y aceptara creer o predicar la adopción y la nuncupación en la carne del Salvador, reciba excomunión. Que de este dardo de la excomunión ese hijo de Dios propio y verdadero del que hablamos, se digne a liberar ahora y en el futuro tanto a

nosotros como a vosotros. A él y al Padre en unidad con el Espíritu Santo, igual y indistinta gloria, antes de los tiempos y ahora y por toda la eternidad.

San Cirilo en su tratado dice entre otras cosas: “mucho dista entre las incomparables diferencias de la gloria y las fortificaciones de la eminencia de nuestro salvador y las nuestras. Nosotros somos siervos, él es por naturaleza señor y Dios, aunque fue hecho con nosotros y con aquello que es nuestro por designio. Además San Pablo lo llamó Cristo y Dios diciendo: “Habéis de saber que ningún fornicador” etcétera “heredará el reino de Cristo y de Dios”. Cristo es en verdad Dios, que es Emanuel. También nosotros somos por la gracia de Dios, pero no así el hijo de Dios, sino más por naturaleza y por verdad, aunque fuera hecho carne”.

Igualmente en el mismo tratado un poco después dice: “Como Cristo, que fue entregado por Dios padre, es llamado hijo propio de Dios, para la salvación y vida de todos. Fue entregado por nuestros pecados y llevó en su cuerpo las injusticias de muchos, y en la madera, según la palabra del profeta. Es evidente que nació de la santa virgen, pues el argumento asumido de la unidad necesaria lo declaró hijo propio de Dios. El cuerpo nacido de ella no era de otro, según nosotros, sino propio de la palabra viva del padre”.

Igualmente un poco después contra Nestorio: “Así como por Adán todos morimos, así por Cristo todos resucitamos. Si no hubiera sufrido por nosotros las acciones humanas, tampoco habría realizado las divinas que miran a nuestra salvación. Pues se dice que primero muere como hombre y después resucita porque es Dios por naturaleza. Si no hubiese sufrido la muerte de la carne según las escrituras, tampoco habría resucitado en espíritu, es decir, no habría vuelto a la vida. Y si esto es verdad, vana es nuestra fe, pues todavía permanecemos con nuestros pecados. Efectivamente fuimos bautizados con su muerte según la palabra de San Pablo y obtuvimos el perdón de los pecados por su sangre. Pero si Cristo no es hijo verdadero ni Dios por naturaleza, sino un hombre puro como nosotros y un instrumento de la divinidad, no nos hemos salvado por Dios en cierto modo, sino por uno más como nosotros que ha muerto por nosotros y ha resucitado por virtudes ajenas. Así pues, ¿cómo ha sido destruida la muerte por Cristo?” y después “Honramos no a un hombre puro, no, sino a Dios por naturaleza, bien conocedores de su gloria, aunque fuera hecho igual a nosotros”.

De igual modo San Gregorio, Papa de la ciudad de Roma, en sus *Moralia*: “Había un gran hombre entre todos los orientales. Todos” dice “los que están repletos de fe en este Oriente, con razón se llaman orientales. Pero como todos los hombres solo

son hombres, el mismo oriente es Dios y hombre, con razón se dice: era grande entre todos los orientales, como si dijera abiertamente: supera a todos los que nacen en la fe de Dios, pues enaltece en él no la adopción como a los demás sino la naturaleza de divinidad.”

Y de nuevo en otro sitio él mismo dice: “Que todo hombre es sólo hombre, en cambio él es Dios y hombre, no hay nadie semejante a él en la tierra, pues aunque algún hijo adoptivo lograra recibir la divinidad, no conseguirá ser Dios por naturaleza.”

De igual modo en el libro del santo Job: “Nadie hay semejante a nuestro mediador entre los legisladores, pues estos, llamados así gratuitamente, devuelven a la inocencia desde los pecados, en cambio nuestro redentor es un hombre libre de pecado, y nunca ha perpetrado lo que censura”.

Estas opiniones antes no las entendíamos correctamente.

Igualmente San Atanasio, obispo alejandrino: “Si alguien enseña en contra de las divinas escrituras diciendo que uno es el hijo de Dios y otro el que procede de la virgen María, adoptado por la gracia igual que nosotros, como si fueran dos hijos, uno por naturaleza, el procedente de Dios, y el otro por la gracia, el procedente de María, y si alguien dice que la carne de nuestro Señor procede de las alturas y no de la virgen María o que es la divinidad transformada y fundida en la carne, o que es la divinidad del Señor alienada o susceptible de sufrir. o que la carne de nuestro Señor debe ser venerada como la de un hombre y que no se debe venerar la carne de nuestro Señor Dios, a quien diga esto lo excomulga la santa iglesia católica y apostólica”.

Del mismo modo San Gregorio, obispo de Nacianzo, en la carta a Cledonio: “Si alguien presenta a dos hijos, uno el que procede de Dios padre, y el otro el que procede de la madre, y no a uno solo, y sobrepasa por la adopción la gracia que les fue prometida a los que creen, a ese lo consideramos ajeno a nuestra comunidad. Dos son las naturalezas, Dios y hombre, pues también hay alma y cuerpo; en cambio ni hay dos hijos dioses ni dos hijos hombres”.

Del mismo modo San León, Papa de la ciudad de Roma, dice así: “Que se regocije la fe de las mentes rectas y comprendan que el hijo de Dios es uno y verdadero no sólo conforme a la divinidad, con la fue engendrado por su padre, sino también conforme a la humanidad con la que nació de su madre virgen”.

Del mismo modo dice también en otra parte: “De la madre del Señor fue asumida la naturaleza, no la culpa, fue creada la forma de siervo pero sin la condición

servil, pues como hombre nuevo atempera al viejo, para adoptar la verdad del género y eliminar el pecado del pasado”.

[D. P. A.]